

Discurso de clausura de estudios en 1927

Señor Rector, señoras y señores:

Debo al muy ilustre Rector del Colegio del Rosario el honor de dirigiros la palabra en esta solemne sesión de clausura de estudios, y el más grande aún de contarme entre los hijos adoptivos de esta *alma mater*, que meció la cuna de la República y cuyas gloriosas tradiciones son motivo de legítimo orgullo para todos nosotros y constituyen una hermosa página de la historia de nuestra cultura. A esa distinción no han podido hacerme acreedor mis escasos merecimientos ni mis humildes servicios; la debo ante todo a la noble amistad con que me ha honrado el preclaro varón que en buena hora fue puesto al frente de los destinos de este Instituto, y un poco quizás a mi cariño entrañable por el Colegio del Rosario, a mi admiración por sus constituciones, su historia, su fuerte disciplina y su alta moralidad, y al claro concepto que siempre he tenido de lo que él significa en el pretérito, en el presente y en el porvenir de Colombia.

Por estos claustros han pasado los hombres que más honda huella labraron en la historia de nuestra nacionalidad, y por ellos desfilan y siguen desfilando las nuevas generaciones, en cuyas manos están puestos los destinos de la República. En labor paciente y silenciosa, profesores y discípulos han ido formando, año tras año, sobre la sólida base de la cultura clásica, una aristocracia intelectual, que cuenta entre sus más claros títulos nobiliarios mantener el depósito y la custodia del genio latino, ese genio que en todas las manifestaciones del espíritu, en el arte y en la literatura, en la política y en la ciencia, busca el orden, el límite y la armonía. ¡Qué obra tan benéfica y necesaria es en estos agitados tiempos que

vivimos, la conservación de aquellas severas disciplinas! Cuando la humanidad ha traspasado todos los límites y derribado todas las barreras; cuando las nociones de justicia, de orden y de belleza se pierden y confunden en un caos absurdo de deseos y apetitos; cuando los pueblos y los individuos, en una carrera desenfrenada y diabólica, se disputan la posesión de la riqueza, como si ella fuera el único ideal de la vida; cuando la autoridad en unas partes y la libertad en otras carecen de límite y medida, y se mueven enloquecidas en órbitas que confinan con la quimera; cuando se toma lo extravagante por lo original, lo oscuro por profundo, lo alambicado por genial, la falta de pudor por elegancia y distinción, y el éxito por habilidad e ingenio, cuando asistimos a esa crisis universal de ideas, instituciones y doctrinas, es necesario, es indispensable para el porvenir de Colombia, que perduren, se desarrollen y den cada día más abundantes frutos, estos semilleros de la cultura clásica, donde es planta exótica el genio confuso e incoherente de la época, y donde se levanta, como vegetación espontánea, el árbol frondoso de la civilización latina y cristiana.

Sin gran esfuerzo he podido hallar entre mis gratos recuerdos de estudiante un tema adecuado para esta plática, que, como veréis, bien merece ese nombre, dedicada a los alumnos del Colegio del Rosario. Ese tema me lo brinda este sencillo episodio. Uno de mis viejos maestros, gran modelador de almas y caracteres, cuyo nombre consigno aquí en señal de sincero afecto y honda gratitud, don Justo Pastor Mejía, acostumbraba decirnos en tono de paternal benevolencia: «Aprovechad el tiempo, consagraos más y más al estudio; no perdáis estos preciosos momentos de vuestra vida, que vosotros estáis llamados a ser los hombres del mañana, los directores de la sociedad y del gobierno». Y recuerdo, como si no hubie-

ran pasado tantos años sobre la cabeza del noble institutor y sobre la mía, que aquellos consejos y pronósticos eran recibidos con sonrisa, mitad burlona, mitad escéptica, por la turba inquieta e irrespetuosa, que sólo soñaba en la hora feliz de abandonar la prisión del colegio, para alzar el vuelo como bandada de pájaros escapados de la jaula, y que todo podría imaginarse menos el verse un día formando parte de una grave y austera asamblea de padres conscriptos o de un severo consejo de ministros. Y sin embargo, esos pronósticos se cumplieron: muchos de aquellos mozalbetes revoltosos y despreocupados vinieron a ser más tarde distinguidos hombres de gobierno, periodistas de vuelo, hábiles diplomáticos, parlamentarios doctos y elocuentes. Y el viejo maestro los ha seguido desde su modesto retiro, a lo largo de su carrera de triunfos, con el anhelante y vivo interés con que mira desde la playa el experto armador alejarse la nave que sus manos equiparon, surcar las olas, triunfar de los vientos y perderse en la azul inmensidad del océano.

Tócame ahora haceros, jóvenes alumnos del Colegio del Rosario, la misma profecía de mi antiguo institutor: «vosotros seréis mañana los hombres de la sociedad y del gobierno», sin que aminore la gravedad de este pronóstico la poca o ninguna fe que algunos de vosotros hayan de prestar a mis palabras. Quizá los que menos crean en ellas, serán los que deban tenerlas mejor grabadas en la memoria, según el giro caprichoso de los destinos humanos. Os tocará cumplir esa misión en condiciones distintas de las nuestras: menos fatigas, mayores medios, más vasto campo de acción; pero a la vez y por lo mismo, más pesadas responsabilidades. Nuestra labor de preparación fue infinitamente más difícil y penosa que la vuestra. A las nuevas generaciones les ha

tocado vivir en una época en que las ciencias y las artes han alcanzado un vuelo extraordinario; en que los métodos de cultura del ser humano han llegado al sumum de la perfección; en que los elementos de aprendizaje abundan y están al alcance de las más modestas fortunas, y en que la labor prodigiosa de divulgación y propaganda científica hace posible la adquisición sin gran trabajo de un caudal de conocimientos que antes no se lograba sino con el esfuerzo paciente de toda una vida. ¡Cuán diferentes nuestros tiempos! Pero si de las dos grandes manifestaciones de la cultura—educación e instrucción—fue notoria nuestra inferioridad en cuanto a la última, por deficiencia de métodos y elementos, de medios y oportunidades, esa misma circunstancia pudo sernos ventajosa para la parte educativa, para formar el carácter, robustecer la voluntad y adquirir el dominio de sí mismo, preciosas adquisiciones que no se hacen fácilmente cuando la holgura y el bienestar convidan a la molicie y al abandono, y si se alcanzan en un medio hostil y refractario, en que la dificultad excita el esfuerzo y las contrariedades encienden en el alma el fuego de las grandes virtudes.

Vuestra mayor responsabilidad ante la patria y ante la historia nace de los mayores elementos de instrucción que están a vuestro alcance, del peligro que corre la juventud en esta época de inmensa relajación y de grandes facilidades para los goces de todo género, y de las exigencias cada día más premiosas del progreso patrio. A quienes el Señor dio mayor número de talentos, les pide en su hora una cuenta más estrecha y rigurosa.

Los hombres de la pasada generación que van descendiendo ya al ocaso de la vida, han luchado como buenos por dejaros una patria constituida, próspera y grande. Ellos tuvieron que vivir con el alma al brazo, en medio de la hoguera revolucionaria del siglo XIX, en

una espantosa confusión de ideas y aspiraciones, que no hallaban otro medio de imponerse que la fuerza y la violencia, buscando un *modus vivendi* de bienestar y reposo, un campo de recíproca inteligencia en que pudieran armonizarse la libertad y el orden, la paz y la justicia, los intereses permanentes del progreso nacional, basado en la concordia y en la tranquilidad de los espíritus, y las encontradas aspiraciones de los bandos políticos.

Los albores del siglo XX nos sorprendieron en la lucha fratricida más estupenda y desaforada de cuantas habíamos librado hasta entonces por la hegemonía política de esos partidos. El primer sol de esta centuria bañó con su luz los campos de la patria inundados de sangre, las campiñas desiertas, las labranzas y cultivos en ruinas, las vías públicas invadidas por la maleza y los pueblos enlutados y doloridos. Al fin la hoguera se extinguió, no sin habernos desposeído de una de las porciones más preciadas de nuestro escudo. Los odios se aplacaron, la calma volvió a renacer en los espíritus, y la experiencia dolorosa de aquel magno desastre nos llamó, ojalá para siempre, al patriotismo y a la cordura.

En labor callada y tesonera hemos ido restañando las heridas y reparando las pérdidas causadas por el conflicto bélico. Cinco lustros largos de paz y orden interno, de garantía a los derechos, de normalidad constitucional, de trabajo paciente y fecundo, nos han traído al estado venturoso en que hoy nos hallamos. Durante ese lapso hemos visto renacer y desarrollarse las industrias, crearse nuevas alas al comercio, brotar abundantes fuentes de riqueza, afluir a nuestro suelo el capital extranjero, consolidarse el crédito del Estado, volver la holgura a las arcas del tesoro y formarse, en una palabra, el ambiente político, social y económico más propicio para hacer de

Colombia en un futuro próximo un país rico, respetable y respetado. Esta época de restauración es la que ha vivido la brillante juventud que me escucha. ¡Feliz ella que no conoce los horrores de la guerra, que no lleva en su pecho el odio encendido contra el hermano, que no ha visto enlutado el hogar y los ojos de seres queridos arrasados de lágrimas por las fúnebres noticias del campo de batalla!

Esta patria, glorificada por los heroicos esfuerzos de los próceres que la fundaron, ennoblecida y purificada por los sacrificios y dolores de sus hijos en el último siglo, esta patria para la cual se anuncian días de prosperidad y bienandanza, es la que va muy pronto a confiarse a vuestra dirección y a fiar sus destinos en vuestras capacidades y virtudes. De vosotros depende el que ella siga en marcha ascendente o que baje al nivel de los pueblos en decadencia prematura, árboles jóvenes de savia empobrecida.

Todos los países han sido y son gobernados por una pequeña minoría, por un reducido número de hombres que, en los altos puestos del Estado, en la prensa, en la cátedra y en la tribuna, dirigen, orientan y encauzan el movimiento social, político y económico de las naciones. De la calidad de esa minoría depende, por tanto, la suerte de aquellas colectividades humanas. Si ella es ilustrada y virtuosa, labra la felicidad de los pueblos, que luego la recuerdan en memoriales de gratitud y de respeto. Si carece de luces o le falta virtud, su labor es ineficaz o maléfica, digna del desprecio o de la execración de los ciudadanos. La ignorancia en las clases directivas hace de ellas Edipos que guían entre las tinieblas a multitudes ávidas de ver la luz del día; su falta de moralidad las presenta como tropa de farsantes, amenaza permanente contra el bien público.

El enorme desarrollo que en los últimos tiempos han alcanzado las instituciones de los pueblos y lo complicado y difícil de su mecanismo, hace que se sienta en muchos países la necesidad de formar una clase social de la más alta selección, una verdadera *elite*, que corresponda a las exigencias de la hora presente. Por eso la Sociedad de las Naciones, en su humanitaria y generosa empresa de cimentar sobre bases seguras la paz entre los pueblos, ha ideado la creación de una Escuela Internacional de altos estudios sociales, para formar jurisconsultos, hombres de estado, parlamentarios y periodistas de alto vuelo y de vasta ilustración. Los hombres que dirigen la Sociedad, empeñados en la restauración del mundo, que se quebrantó en sus cimientos morales, políticos, sociales y económicos por el tremendo cataclismo de la pasada década, saben muy bien que para la realización de esos altos y nobles ideales se necesita que las naciones asociadas en la magna obra estén dirigidas por hombres capaces de comprender el alcance y las vastas proyecciones de aquélla, y de llevar a cabo en el gobierno de los pueblos una labor trascendental de paz y de justicia, de respeto a los fueros de las demás naciones, grandes y pequeñas, de concordia y de cooperación internacional. Aquellos hombres no ignoran que la tendencia malsana a hacer predominar la fuerza sobre el derecho tiene su fuente en la ignorancia y la mala educación de los que dirigen a los pueblos, y que un país gobernado por hombres primitivos y audaces es una amenaza y un peligro para las demás naciones.

Por otra parte, este movimiento expansivo del Estado moderno, este incesante crecer de sus funciones, que pone todos los días bajo su jurisdicción iniciativas y actividades que ayer no más eran miradas como ajenas a la labor de los gobiernos, hace más necesaria

una preparación excepcional en los que deben dirigir las grandes corrientes sociales y económicas, ya que un Estado regido por una clase social incompetente es nave sin timón, sin piloto y sin brújula, que avanza al acaso sujeta a los vaivenes de las olas. ¿A quiénes se debe en parte muy principal la grandeza del Imperio Británico? A sus hombres de Estado, que han sido a la vez hábiles políticos, expertos hacendistas, notables parlamentarios, diplomáticos sagaces y avisados, profundos conocedores de la historia y la filosofía, de las lenguas y la literatura. Quizás no hay en el mundo otro país donde, como en la Gran Bretaña, exista en las clases directivas un número más considerable de genuinos estadistas.

La Sociedad de las Naciones se preocupa, ante todo, por la formación de grandes juristas en los países que integran dicha Sociedad. Esta es una consecuencia lógica de los fines a que obedece aquella Institución, nueva en la historia del mundo, cuyos ideales y aspiraciones quedaron consignados en el preámbulo del Pacto solemne suscrito en Versalles el 28 de junio de 1919, que dice: «Para desarrollar la cooperación entre las Naciones y para garantizar la paz y la seguridad, es necesario: aceptar ciertas obligaciones de no recurrir a la guerra; mantener a pleno día relaciones internacionales basadas sobre la justicia y el honor; observar rigurosamente las prescripciones del derecho internacional, reconocido en adelante como regla de conducta definitiva de los Gobiernos, y hacer que reine la justicia y que se respeten escrupulosamente todas las obligaciones de los tratados en las relaciones mutuas de los pueblos». Ya se comprende el papel que en este vasto programa de justicia y de consagración del derecho como única norma de los Estados, le toca desempeñar al jurisconsulto, al

vir bonus dicendi peritus, varón bueno y experto en el decir, como lo definía la antigua jurisprudencia.

En la Sociedad de las Naciones la mejor adquisición es un gran jurista, cualquiera que sea su nacionalidad, para formar parte de la Alta Corte Internacional de Justicia, para el estudio de las difíciles cuestiones de derecho que ocurren diariamente en las relaciones entre los pueblos, y para llevar a todas partes, como misionero de la nueva doctrina, las ideas y principios que informan aquel gran movimiento pacifista, cuya última finalidad es la de evitar que «esta civilización del hierro y de la ciencia termine en una especie de gigantesco suicidio». Esa labor no puede realizarse por nulidades togadas, ayunas de ciencia y hartas de pretensión, ni por abogados que, teniendo conocimientos, los ponen al servicio de malas causas; sólo la pueden llevar a cabo los verdaderos jurisconsultos, apóstoles del derecho, emisarios de la justicia, servidores abnegados de aquella divinidad augusta que da y comparte a cada uno lo que es suyo.

En la Escuela Internacional de altos estudios sociales se formarán los hombres de estado de los distintos países, conductores de pueblos, políticos auténticos, versados en la ciencia del gobierno, en la historia, la filosofía y la sociología, capaces de vastas concepciones, consagrados al servicio de la sociedad y de la patria, amantes de la libertad verdadera, ajenos a las pequeñas intrigas y a las bajas ambiciones de politiqueros sin ideales ni principios, hombres rectos y de valor civil suficiente para sacrificar una efímera popularidad al fallo de la propia conciencia, al juicio severo de la historia y a la aprobación de los hombres honrados.

Saldrán también de ella parlamentarios que devuelvan a la institución fundamental de la democracia toda su autoridad y todo su prestigio. Ese prestigio y esa

autoridad son necesarios para la vida de la República. El Parlamento es irremplazable. El constituye una garantía para las libertades y derechos de los ciudadanos, un freno necesario para los gobernantes y una válvula de seguridad para el orden público. Un pueblo que no habla es un pueblo que conspira contra la autoridad; el pensamiento contenido es una gota que cayendo constantemente en el cerebro, lo perturba y desequilibra. Los congresos son, por otra parte, el asiento de las fuerzas conservadoras de la sociedad; su misma pesantez y lentitud, la dificultad natural para unificar los criterios, la inclinación a nivelarse en el sentido de la moderación, hacen de aquellas asambleas un campo el menos propicio para acometer reformas radicales. Las grandes revoluciones en el gobierno de los pueblos han sido casi siempre obra de las dictaduras. Pero ese parlamento en casi todos los países necesita reformas sustanciales para que no se convierta en teatro de pequeñas intrigas y combinaciones, en escenario para torneos de elocuencia insustancial y vana, en privilegio de los más audaces, o en peso muerto para la marcha ordenada del Estado.

Formaránse allí también expertos periodistas. La prensa es un gran poder en los tiempos modernos, y para servirla debidamente se necesita ser buen ciudadano y estar versado en disciplinas intelectuales de muy variada índole. La prensa es un sacerdocio, que tiene la alta misión de difundir por el mundo las ideas, y ese sacerdocio no puede ejercerse por ministros que manchan el altar donde ofician. La prensa es un gran elemento de información para la economía y el gobierno de los pueblos, y esa información sólo deben dárla hombres honrados e imparciales, para que sea heraldo de verdad y no vocero de intereses egoístas. La pren-

sa es una fuerza política y social de primer orden, y cuando se pone al servicio de la pasión o de la ignorancia, puede causar a las naciones males irreparables.

Colombia no es ya el país ignorado o menospreciado de hace algunos años. Sus instituciones políticas, su organización social, los recursos y riquezas admirables del suelo y del subsuelo, su privilegiada situación geográfica, su estado económico y fiscal, empiezan a llamar seriamente la atención más allá de nuestras fronteras. Los grandes diarios de los centros más populosos comentan con frecuencia esta situación y este resurgimiento de Colombia y le auguran un porvenir de envidiable prosperidad; muy a menudo llegan a las costas del país, con el objeto de visitarlo y conocerlo, hombres eminentes en las ciencias, las artes y los negocios; fuertes instituciones bancarias de otras naciones se establecen entre nosotros; el capital extranjero ha perdido la desconfianza en la estabilidad de nuestra situación política y económica, y los financistas de ambos continentes nos ofrecen a porfía el concurso del ahorro de otros pueblos para el fomento y desarrollo de nuestras grandes obras de progreso. Este estado de cosas, estas perspectivas de grandeza, que llenan de satisfacción el patriotismo, exigen también, en los hombres llamados a dirigir las actividades colectivas, dotes y preparación sobresalientes. Si faltan quienes puedan encauzar y aprovechar esta corriente de civilización que llega hasta nosotros, y sobre todo, si no sabemos recoger sus beneficios conjurando sus males y peligros, no será extraño que esa corriente se desvíe o que se torne en causa de infortunios para la Patria.

Hay quienes piensan que así como el ensanche del comercio ha encontrado demasiado estrechos los cauces

de la circulación de nuestra riqueza, el vuelo extraordinario que el país ha tenido en los últimos tiempos, con su cortejo de nuevos problemas y necesidades nuevas, ha hallado también a las clases directivas de Colombia desprovistas de la preparación necesaria para resolver esos problemas, satisfacer aquellas necesidades y corresponder al anhelo general que los pueblos sienten de bienestar y de cultura. Si este concepto fuere exacto, los únicos llamados a remediar esa situación son los jóvenes que hoy se forman en nuestros colegios y universidades; en esos jóvenes, que vemos desfilar por los claústros, inclinados sobre los libros, están cifradas, lo repito, las esperanzas de la Patria. La vieja guardia, herida y maltrecha en la ruda pelea de medio siglo, sólo espera para rendir las armas, a que éntre al campo de la lucha el ejército de reserva formado por la juventud estudiosa.

Pidamos al Cielo que para bien de Colombia esa juventud traiga a la dirección de los destinos del país una sólida preparación científica, y sobre todo, grandes condiciones morales: voluntad firme, rectitud a toda prueba, moralidad pública y privada, patriotismo abnegado y diligente, amplio concepto de la vida, y espíritu abierto a las nobles aspiraciones de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello.

ESTEBAN JARAMILLO



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico